

Los establecimientos humanos en el Pirineo Vasco

CONFERENCIA DADA POR EL

RVDO. D. JOSÉ MIGUEL DE BARANDIARÁN, PBRO.

EL DÍA 17 DE ABRIL DE 1932

Señores :

La cordillera pirenaica se presenta como una unidad geográfica, y, como tal, ha impreso en todo tiempo un sello característico a las culturas de los pueblos que la han habitado. Pues sabemos cuán estrecha relación existe entre los hechos geográficos y las actividades humanas. Así, por ejemplo, la distribución de los establecimientos humanos de un país se halla condicionada por la red hidrográfica del mismo, y, generalizando esto, podríamos decir que las manifestaciones de la vida humana en la tierra se hallan calcadas sobre la repartición de los medios de subsistencia, o sea, sobre la geografía de los artículos de primera necesidad. Con mucha razón se ha dicho, pues, que todo establecimiento humano es la amalgama de un poco de humanidad, de un poco de suelo y de un poco de agua.

Por eso, porque la cordillera pirenaica es un conjunto o sistema de hechos geográficos en íntima relación con ese revestimiento humano que la cubre, es decir, con los establecimientos humanos que la pueblan, no podía faltar en este estudio del Pirineo que ha emprendido la docta Academia de Ciencias de Zaragoza, la contribución de quienes se dedican a investigar los pueblos y culturas que se han desarrollado en estrecha dependencia del Pirineo vasco.

Y, por lo mismo, es de sentir que mi aportación haya de ser necesariamente pobre. Es verdad que ya hace años que vengo estudiando la etnografía vasca y promoviendo investigaciones del mismo género en el Laboratorio de Etnología de la Sociedad de Estudios Vascos. Con todo, puede decirse que todavía no he hecho más que iniciar la labor; y, por lo tanto, mi trabajo de hoy acerca de las construcciones rurales del país vasco no podrá ser más que un ligero ensayo.

* * *

Una de las manifestaciones de la actividad humana que aparece más íntimamente ligada con los fenómenos geográficos, es la habitación. La vivienda es un hecho complejo a cuya producción contribuyen diversos factores: geográficos, históricos y sociales.

Por eso se ha dicho que reseñar la historia de la casa humana "equivale a reseñar la historia de la humanidad: no esa historia que se alimenta de batallas y catástrofes, y de caídas de tronos y de cambios de dinastías, sino aquella que manifiesta el carácter de los pueblos, sus creencias, sus sentimientos, sus costumbres sometidos en gran parte a la naturaleza del país que habitan y a las condiciones particulares de su clima" (1).

Vamos a describir algunos rasgos de las construcciones rurales en el país vasco, sobre todo, de la casa rural, la casa verdaderamente popular que muestra más claramente su dependencia del ambiente geográfico.

* * *

Si viajamos de Sur a Norte, es decir, del *Ebro* hacia el *Cantábrico*, atravesando la zona más montañosa del país vasco, fácil será que llamen nuestra atención diversas particularidades relativas a las construcciones y a su distribución por el territorio.

(1) Valentín Gómez: *La Casa*. (Citado por D. Carmelo de Echegaray en el prólogo de *Monumentos civiles de Guipúzcoa*, Barcelona, 1921).

La primera observación que se nos ocurra será quizá la que se refiere al *sistema de población* o al modo cómo están repartidos los establecimientos humanos por el país. En la Rioja alavesa y en la Ribera de Navarra predomina el sistema de población concentrada en núcleos crecidos y muy distantes unos de otros: es el sistema de casas agrupadas. (Fig. 1). En la Llanada de Vitoria, en el valle de Cuartango



Fig. 1

Una calle de Laguardia (Alava)

y en la Montaña alavesa, es decir, en la zona media, los pueblos son pequeñas agrupaciones de casas poco distantes entre sí (Fig. 2). Y en la vertiente cantábrica, o sea, en la zona norte (parte de Alava y Navarra y toda Vizcaya y Guipúzcoa), la población es dispersa, las casas están repartidas por todo el territorio. (Fig. 3).

Paralelamente a estas diferencias en el sistema de población, vemos realizarse otros fenómenos. Así, por ejemplo, en la Rioja alavesa, la casa no tiene nombre propio y constante: se la designa con el nombre del cabeza de familia que la habita. No así en la vertiente cantábrica: allí donde predomina el sistema de casas

dispersas, cada casa rural tiene su nombre propio y constante que muchas veces responde a la topografía de la localidad.

¿Qué interpretación cabe dar a estos hechos? Cada uno de los sistemas de población—el de concentración y el de dispersión—obedece a diversos factores. Si nos fijamos en la población dispersa de la vertiente cantábrica del país vasco, luego veremos que el hecho de la dispersión aparece en inmediata dependencia de factores geográficos. En efecto, las vertientes soleadas, la proximidad de los ríos y de las fuentes, la vecindad de las vías naturales de comunicación entre los valles, la confluencia de los ríos y una mayor facilidad

para la explotación agrícola o para el pastoreo o para ambas cosas a la vez, condicionan la localización de las casas rurales o caseríos que se construyen actualmente. De aquí re-

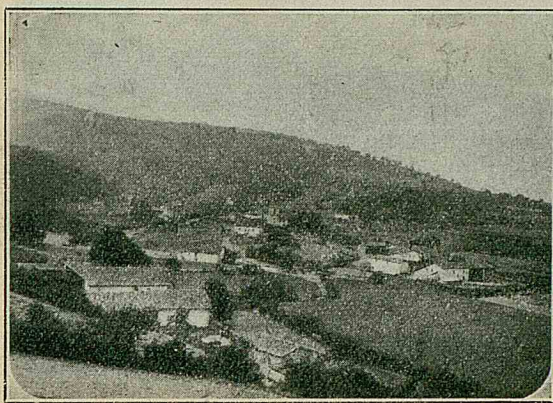


Fig. 2
Pueblo de Abecia (Alava)

sulta que cada caserío ocupa próximamente el centro de sus dominios. Y esto, naturalmente, contribuye a que tienda a conservarse el sistema de habitaciones diseminadas. Y todos

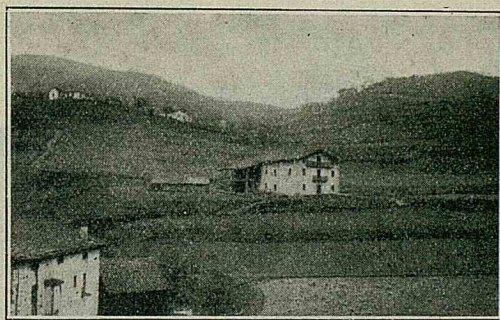


Fig. 3
Casas repartidas

los indicios son de que en otras épocas ha ocurrido allí lo mismo que hoy. (Fig. 4).

En la vertiente mediterránea, sobre todo en las comar-

cas más próximas al Ebro, apenas tienen influencia directa sobre cada una de las casas en particular los factores que he-

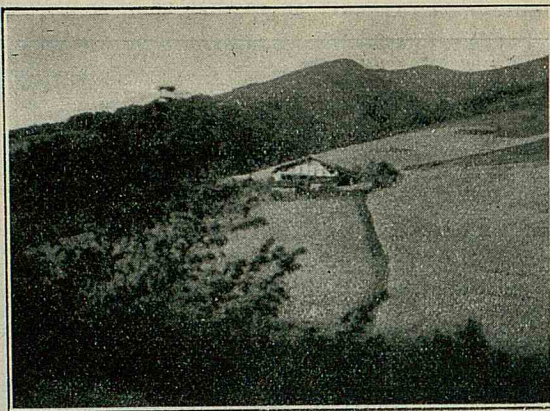


Fig. 4

Caserío *Muarteigí*, de Arriarán (Guipúzcoa)

mos mencionado, sino que el conjunto de casas, es decir, el

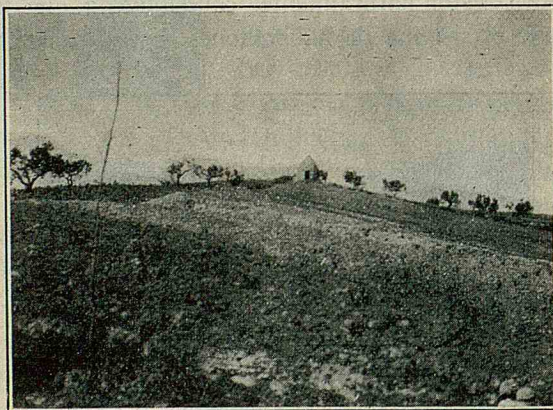


Fig. 5

Refugio de Luquín (Navarra)

pueblo entero, es como una unidad, el que, en todo caso, obedece a tales factores,

Por lo tanto, una de las diferencias entre los dos sistemas de población es la siguiente: mientras en la vertiente

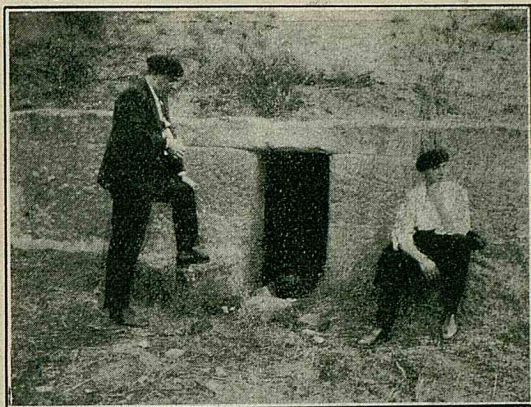


Fig. 6
Refugio abierto en bancos de arenisca (Briñas—Rioja)

cantábrica cada familia y, por consiguiente, cada casa se comporta independientemente de las demás familias, y se



Fig. 7
Refugio de *Maurete*, junto a los corrales de Oteiza (Navarra)

adapta al suelo amoldándose a los factores geográficos que le condicionan, en cambio, en la vertiente mediterránea la

familia, y, de consiguiente, la casa, se conduce como una pieza u órgano fuertemente articulado en un grupo de fa-

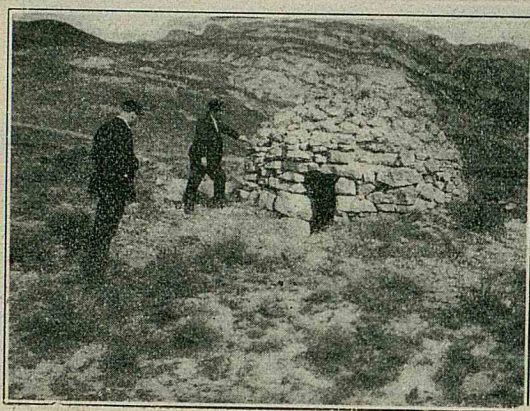


Fig. 8

Un refugio de Samaniego (Alava)

milias y, por lo mismo, dependiendo de éste en sus funciones. ¿De dónde se ha originado esta diferencia? Esto obedece, indudablemente, no tanto a hechos diferenciales geográficos, cuanto a hechos históricos, como lo veremos después.

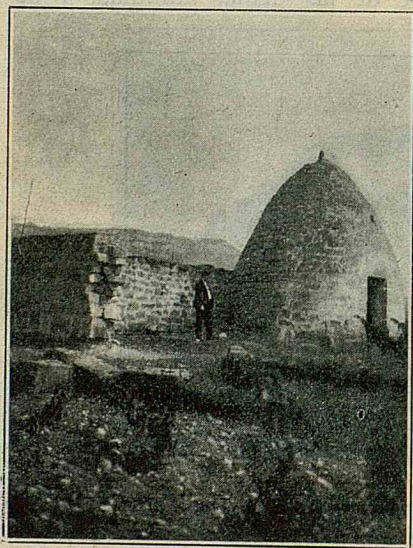


Fig. 9

Un refugio de Abalos

La segunda observación que podríamos hacer en un viaje a través del país vasco, se refiere a los *refugios* o pequeñas construcciones donde los trabajadores del campo se refugian durante los chubascos. En la cuenca del Ebro, sobre todo en las comar-

cas próximas a este río, abundan estos pequeños refugios diseminados por el campo, cosa explicable si se tiene en cuenta que muchas tierras de labrantío se hallan lejos de



Fig. 10

Un refugio en el monte Araka, cerca de Vitoria

poblado. Pero en las zonas septentrionales, son raras tales construcciones (Fig. 5).

La tercera observación que cabe hacer, al atravesar de

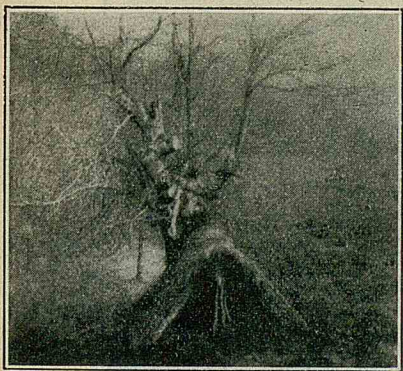


Fig. 11

Refugio en los barrios de Altube (Alava)

Sur a Norte el Pirineo vasco, se refiere a los *materiales de construcción de la casa rural*. En efecto; el empleo de la piedra y del ladrillo como materiales de construcción predominan en el Sur; pero, según nos vamos acercando a las crestas del Pirineo y su vertiente oceánica, iremos notando que la madera gana en importancia. Se debe tener en cuenta que

una mayor riqueza forestal caracteriza las regiones del Nor-

te, lo cual es un hecho geográfico que, naturalmente, imprime su sello a la casa rural.

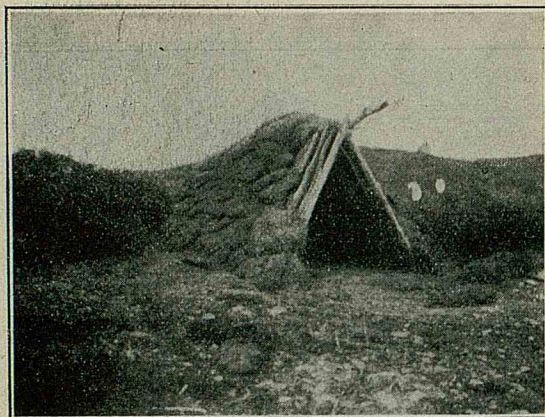


Fig. 12

Refugio de Etura (Alava), en la ladera del monte donde se asientan las ruinas del antiguo castillo de Guevara

Esta diferencia en los materiales constructivos se nota, desde luego, comparando los refugios de una y otra zona del país

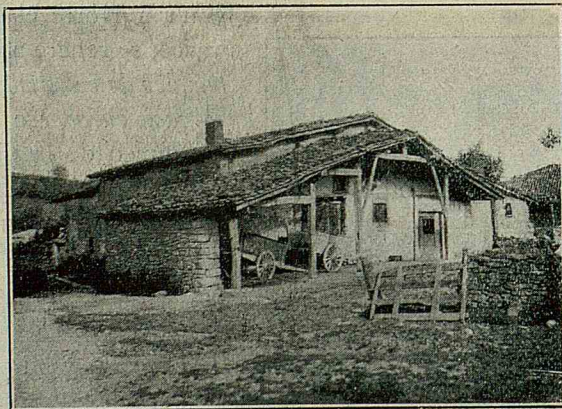


Fig. 13

Casa de Martínez (en Gamiz-Alava)

luego, comparando los refugios de una y otra zona del país vas-

co. Esta comparación hará resaltar, además, otras diferencias —las relativas a la forma exterior, al plano y al modo de resolver el problema constructivo,—las cuales pueden apre-

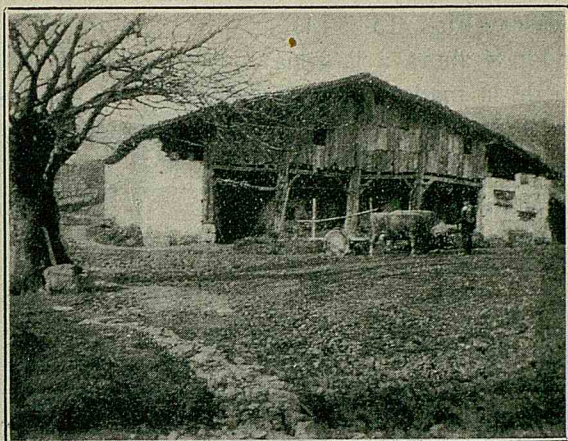


Fig. 14

Caserío Igartu-Beitia (de Ezkioga—Guipúzcoa)

ciarse en el conjunto de las figuras 6, 7, 8, 9, 10, 11 y 12. Las figuras 6, 7, 8 y 9 representan los diversos tipos de refugios que hay en la Ribera de Navarra y en la Rioja

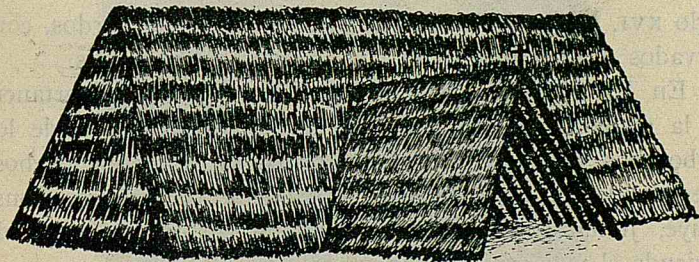


Fig. 15

Choza de carboneros

alavesa (zona Sur); la 10 es un refugio de la *Llanada* de Vitoria (zona media); y la 11 y la 12 son de la cuesta de

Altube y de *Etura*, respectivamente, y pertenecen al tipo corriente en la zona Norte.

La diferencia en los materiales constructivos puede, del mismo modo, notarse en las casas rurales de ambas zonas del país vasco (Figs. 13 y 14).

Ciñéndonos ahora a la zona Norte, hemos de decir que el empleo de la madera como material en las paredes exteriores de las viviendas, fué general en tiempos anteriores al



Fig. 16

Chozas del pastor Iparraguirre en Urbia (sierra de Aizkorri)

siglo XVI. Y de esto nos han llegado muchos recuerdos, conservados principalmente en las construcciones rurales.

En las viviendas actuales varía mucho la importancia de la madera como material constructivo. La choza de los carboneros y leñadores, durante su permanencia en los bosques donde trabajan, suele ser totalmente de madera. Constituye, juntamente con las chozas de pastores, el tipo de vivienda el más sencillo. (Figs. 15, 16 17 y 18).

En la casa rural las paredes de madera han sido substituídas modernamente, en muchos casos, por las de piedra (Figs. 19 y 20); pero el entramado de vigas y postes que sostenía el piso y el techo, ha persistido a veces (Figs. 21, 22, 23 y 24). Entre todos los tipos de casas rurales que exis-

ten en el país vasco aparece como uno de los más antiguos, si no como el más antiguo de todos, el de la vivienda en la

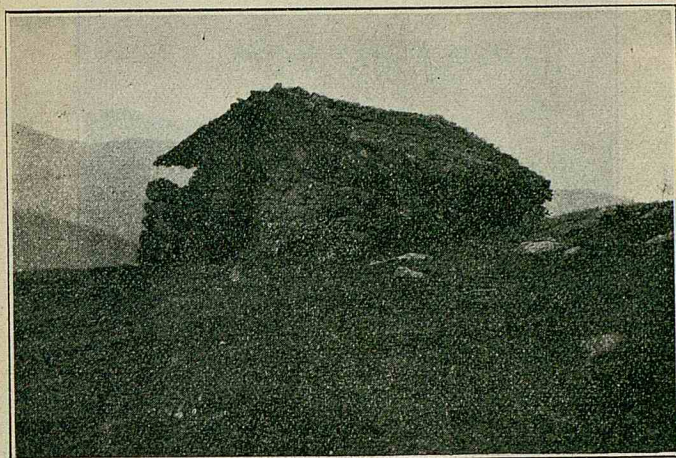


Fig. 17

Choza del pastor de Sarte (Atáun - Guipúzcoa)

planta baja con un solo piso superior y techo a dos vertien-

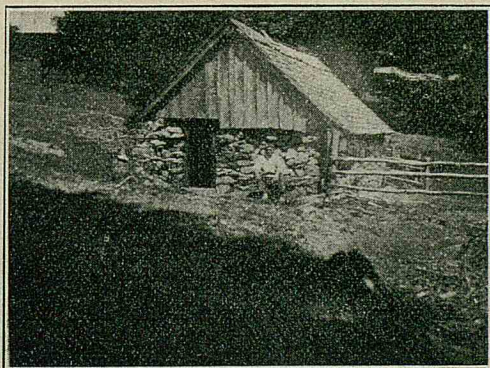


Fig. 18

Choza de pastor en Auritzperri (Navarra)

tes (Figs. 14, 21 y 22). En la planta baja están el portalón abierto; en el fondo del mismo, la cocina; a derecha e iz-

quierda, dormitorios, y detrás, los establos. El piso superior

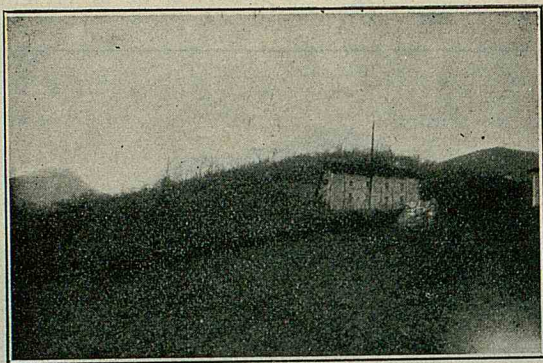


Fig. 19

Caserío Ibarguren-etxeberri de Zumárraga (Guipúzcoa)

está destinado a graneros y pajar. Hasta hace poco el hogar ocupaba el centro de la cocina.

* * *

La casa, además de ser albergue familiar, hechura de una



Fig. 20

Una casa de Aurita o Burguete (Navarra), con techo de tablillas de haya

tradición multisecular, objeto—en muchos casos—de mitos y leyendas que aún subsisten, ha tenido para el vasco una sig-

nificación todavía más trascendental: porque ha sido templo y cementerio donde los muertos eran sepultados y los vivos ofrendaban dones a la divinidad. De esto se han conservado

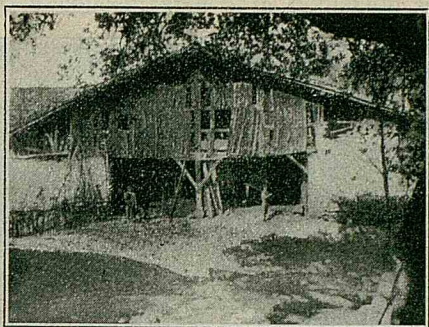


Fig. 21
Caserío Garaion-azpikoa de Ezkioga (Guipúzcoa)

supervivencias muy significativas. Tales son las ceremonias de purificación que se practicaban dentro de casa; la creencia

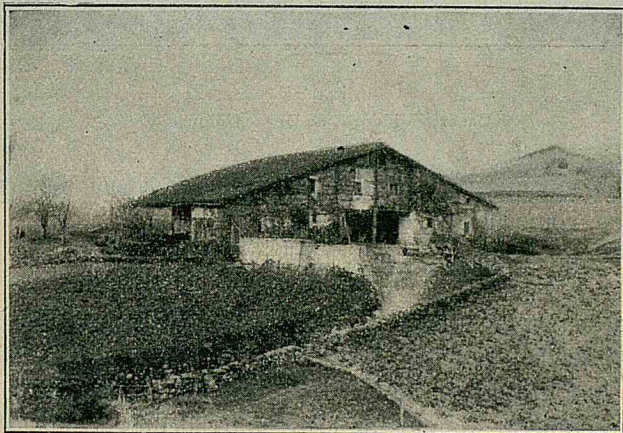


Fig. 22
Caserío Asua, de Berriz (Vizcaya)

de que la casa preservaba de enfermedades varias; ciertos ritos en los que la casa se equipara a una iglesia o a un cemen-

terio; la práctica observada hasta casi nuestros días de enterrar a los muertos no bautizados debajo del alero de la techumbre de su propia casa, etc. Todo esto revela que, en la apreciación popular, la casa ha sido considerada como templo

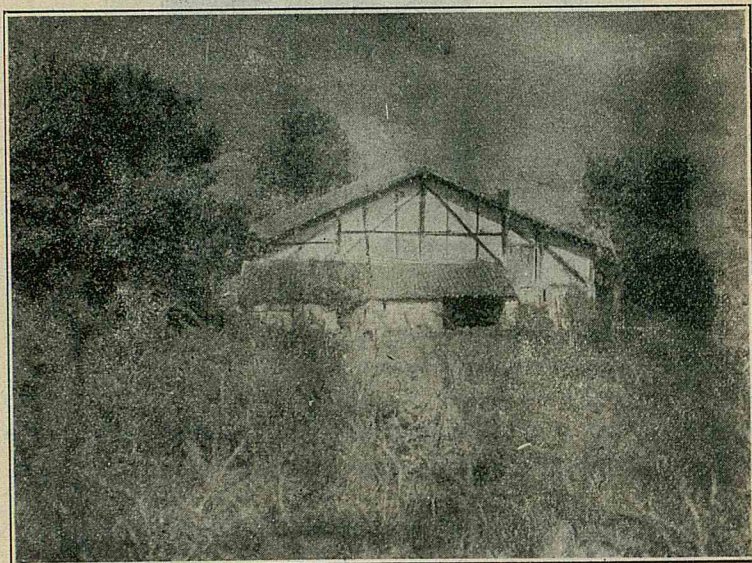


Fig. 23
Caserío Millapros de Deva (Guipúzcoa)

y como cementerio, lo cual es una supervivencia de tiempos remotos, como luego veremos.

* * *

Ya hemos indicado unos cuantos hechos actuales relativos a la vivienda rural del Pirineo vasco, hechos que naturalmente han tenido sus antecedentes en tiempos pasados. Vamos a enumerar algunos de estos antecedentes.

Desde luego puede asegurarse que los dos sistemas de poblados existentes en el país vasco—de concentración en la vertiente mediterránea y de dispersión en la cantábrica—han existido también en otros tiempos. Sabemos de las postrimerías de la Edad Media, que en la zona Sur del país vasco

había muchas poblaciones de casas agrupadas, protegidas con murallas y torreones, circunstancia ésta heredada de épocas más antiguas en que la necesidad de defenderse contra la invasión agarena y contra las incursiones de otros pueblos fronterizos, obligó a concentrarse a la población en sitios más adecuados para la defensa y a fortificarse. Así se fundaron

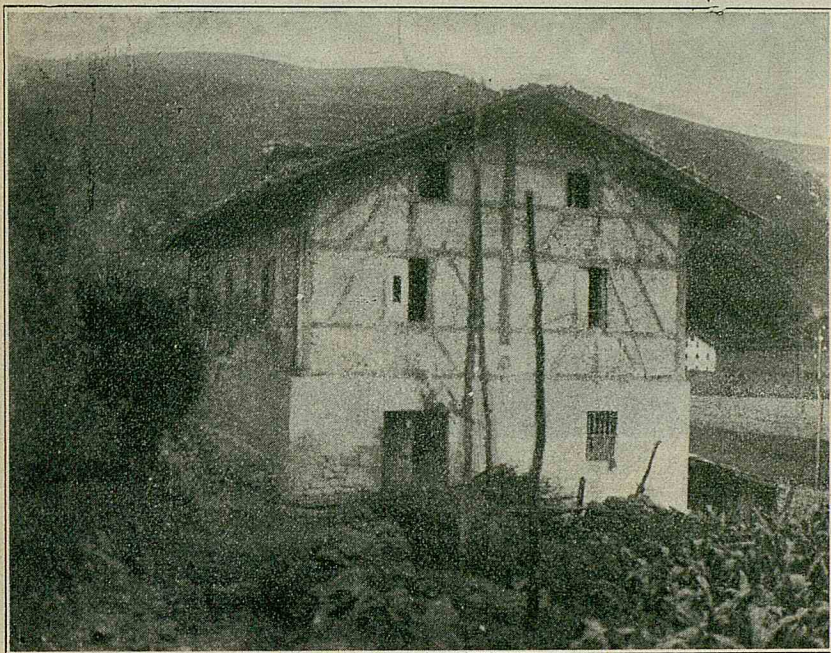


Fig. 24
Caserío Uezaundi de Ataún (Guipúzcoa)

Valpuesta, Puentelarrá, Labastida, Abalos, Artajona, Samaniego, Laguardia, Bernedo, Peñacerrada, Marañón, etc. En la zona Norte, sobre todo en la vertiente cantábrica, por su peculiar situación geográfica, no se sintió tan pronto esa necesidad, y la población siguió en su adaptación al suelo, dejándose guiar de hechos geográficos, reaccionando sólo ante estímulos del ambiente físico. Pero también allí se formaron con el tiempo, a fines de la Edad Media, agrupaciones de

casas, creándose numerosas villas. Este hecho obedeció unas veces al deseo de intensificar el comercio y otras a necesidades análogas a las que anteriormente se dejaron sentir en la

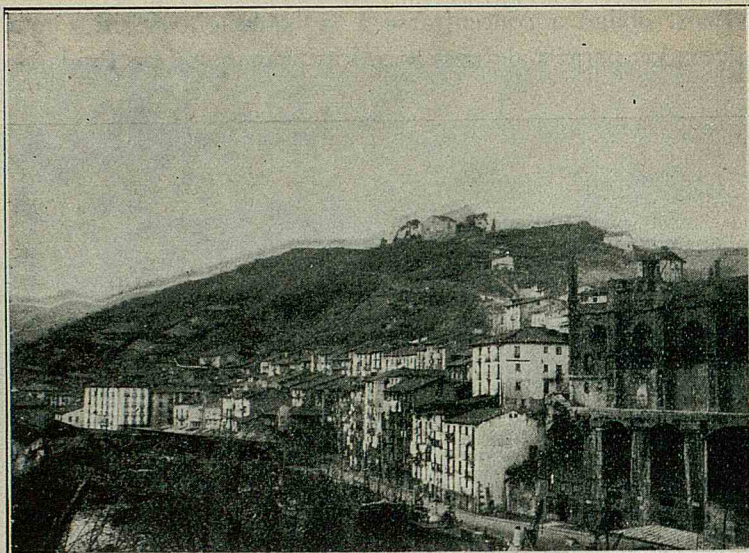


Fig. 25
Vista parcial de Ondárroa (Vizcaya)

zona Sur: necesidad de defensa contra los banderizos que, con sus incesantes luchas, asolaban el país, y contra las frecuentes incursiones de malhechores en las comarcas fronteri-

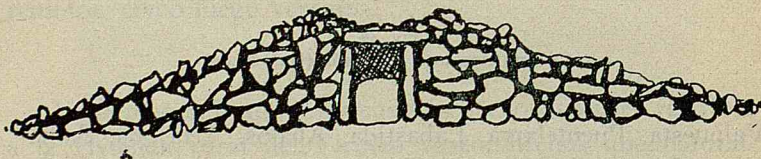


Fig. 26
Dolmen de Artekosaso (sierra de Urbasa - Navarra) rodeado de su túmulo (corte vertical). Aparece de frente la piedra lateral de Oriente. Perteneció al eneolítico

zas. Estas son, al menos, las razones que se aducen en las cartas fundacionales de algunas de las villas (Rigoitia, Munguía, Larralezua, etc.). De esta suerte se fundaron las villas de Mondragón, Guernica Munguía, Azcoitia y Ondárroa (fi-

gura 25), y las fronterizas Tolosa, Villafranca, Segura, Marquina y Elorrio. Mas no llegó a agruparse toda la población. Ese movimiento hacia la concentración, iniciado desde el siglo XII, cesó a principios de la Edad Moderna a consecuencia de cambios políticos y sociales operados en aquella época.

Todo esto nos revela, pues, que la diferencia en los siste-

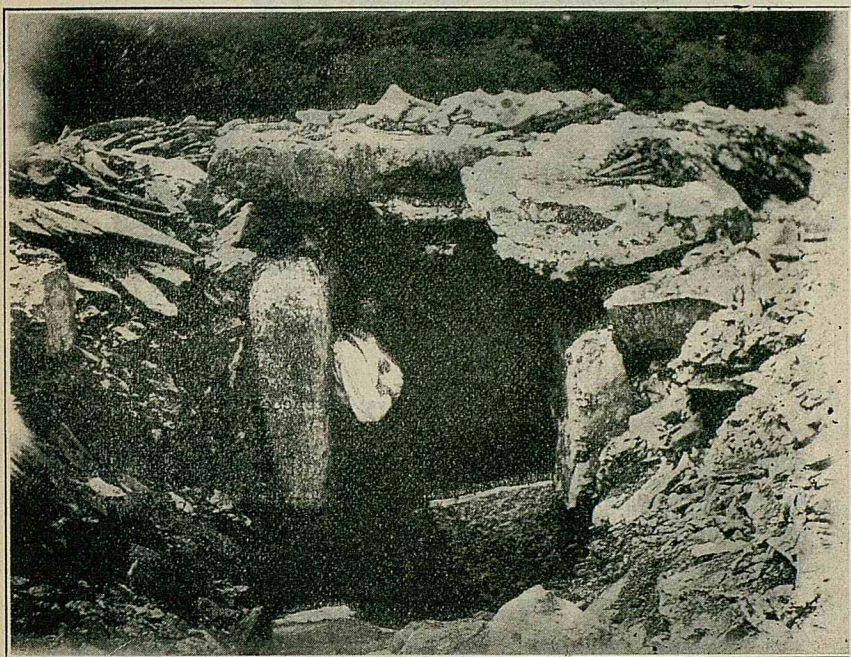


Fig. 27

Dolmen de Articosaro en la sierra de Urbasa (Navarra)

mas de poblados entre las zonas Norte y Sur del país vasco obedece en gran parte a factores históricos; es decir, el sistema de dispersión de viviendas responde a hechos geográficos; el sistema de concentración es debido a factores históricos, como son, por ejemplo, las necesidades de defensa ante el peligro de una invasión.

Si remontamos a tiempos anteriores, por ejemplo, a la época de romanización del país vasco, puede afirmarse que la

población estaba dispersada por todo el territorio. En las provincias de Alava y Navarra se han encontrado en abundancia vestigios de esa época, desperdigados en multitud de locali-

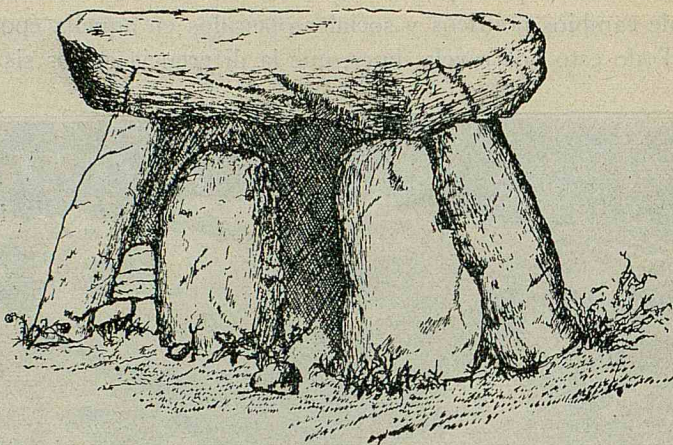


Fig. 28

Dolmen de Aikzmendi en Egilaz (Alava) Pertenece al eneolítico

dades, sin que, por otra parte, existan indicios de agrupaciones de viviendas más que en rarísimos puntos, como Pamplona, Calahorra, Iruña y algún otro; y en los despoblados de Surbi y Kützemendi, para épocas anteriores.

En la vertiente cantábrica son muy escasos los vestigios de romanización, y desde luego no hay señales de poblaciones concentradas.

De la época eneolítica se conocen en el país vasco restos bastante abundantes. Ellos nos permiten suponer que el pastoreo estaba difundido en una zona extensa del país. Restos de aquel tiempo son, por ejemplo, los dólmenes, sencillas construcciones funerarias de piedra sin labrar. Comprenden los dólmenes vascos una o dos cámaras hechas con losas bastas y rodeadas por todas partes de un túmulo o galgal de piedrezuelas informes. (Figs. 26 y 27).

La planta del dolmen vasco es, en general, sensiblemente rectangular; algunas veces representa un polígono de más de cuatro lados. Su eje mayor está orientado de E. a O. Las

piedras laterales son todas de igual altura en el mismo dolmen. De esta regla se exceptúa, sin embargo, una—la que está por el lado de Oriente—la cual suele ser más baja que las demás, de suerte que entre ella y la cubierta queda un hueco. La cubierta viene a ser una losa—a veces dos—de grandes dimensiones que avanza sobre las laterales formando aleros.

Las piedras laterales se hallan colocadas a veces verticalmente; otras veces están inclinadas hacia dentro por la parte



Fig. 29
Área de difusión dolménica en los Pirineos

superior, constituyendo así un tipo de dolmen piramidal. (Fig. 28).

El área de difusión de los dólmenes, con ser bastante amplia, no abarca todo el país vasco. A pesar de diversas exploraciones realizadas, tanto en Alava como en Navarra, encaminadas a estudiar la extensión de esa zona, no hemos podido hallar ningún dolmen en la parte meridional de esas regiones. Y a lo largo de la región costera o marítima existe también una zona donde no hay dólmenes. Por eso creemos que la cultura dolménica no cubrió todo el país vasco. (Fig. 29).

La figura representa el área de difusión de los dólmenes, tanto en el Pirineo vasco como en el catalán. Como se ve, la parte meridional del país vasco queda fuera de la región dolménica. La parte aragonesa del Pirineo aparece en blanco. Yo no creo, sin embargo, que falten dólmenes en esa zona. Y si no los conocemos, es, sin duda, porque todavía no se han realizado investigaciones adecuadas. Una campaña

de investigación sistemática de no muchos días proporcionaría indudablemente datos bastantes para demostrar la continuidad, a lo largo del Pirineo, de la cultura dolménica que hoy aparece interrumpida.

Hemos comparado el área de difusión dolménica del Pi-

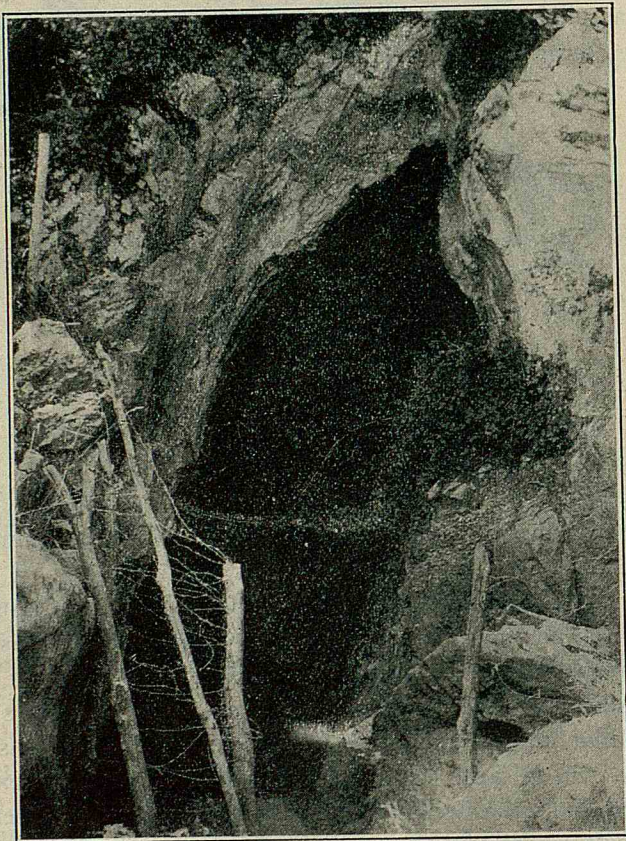


Fig. 30

Entrada de la cueva de Santimamiñe (Vizcaya), después de las excavaciones practicadas en su yacimiento prehistórico

rineo vasco con las zonas pastoriles de nuestros días y de tiempos anteriores relativamente recientes, y hemos podido comprobar que las áreas de ambas culturas—la dolménica y la pastoril—coinciden: la una parece copia de la otra.

Y esta coincidencia se extiende a veces a detalles. En una misma sierra, por ejemplo, suele haber zonas que ofrecen condiciones adecuadas para el establecimiento de majadas pastoriles, y otras en que esto no es posible por falta de condiciones de salubridad para el ganado lanar. Pues bien: los dólmenes no se hallan en estas últimas zonas, sino en las primeras, muchas veces en las mismas majadas actuales, hasta el punto de que, en la sierra de Encia, hay una choza de

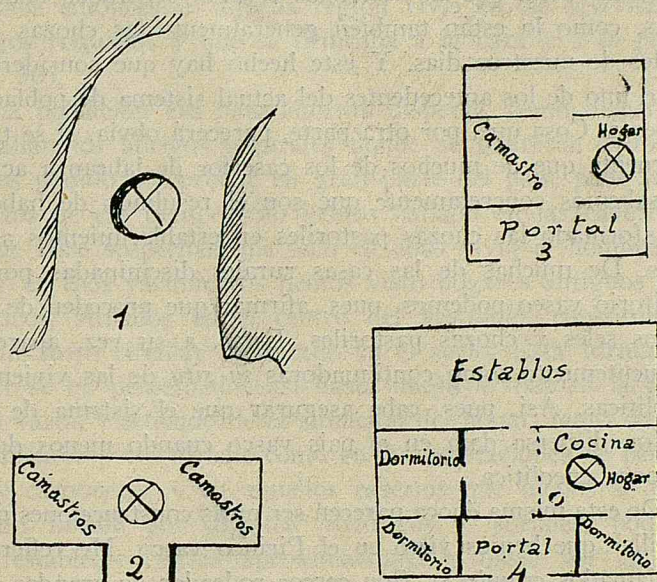


Fig. 31

1, vestibulo de la cueva de Jentiletxeta (Motrico) con un hogar eneolítico en x; 2, choza de carboneros con el hogar en el centro; 3, choza de pastor; 4, caserío de labranza

pastor edificada sobre un dolmen. Los dólmenes, pues, se hallan situados como si sus constructores hubiesen sido pastores. Esto, unido a que los dólmenes son sepulturas familiares, nos da a entender que un dolmen ocupaba el mismo sitio, o cuando menos se hallaba en la proximidad de la vivienda de la familia a que pertenecía. Y he aquí cómo, retrocediendo algunas decenas de siglos, llegamos a sorprender la costumbre de enterrar a los muertos junto a la casa,

costumbre de que ya hablamos antes, al tratar del carácter religioso y funerario de la casa rural vasca. Y esa costumbre eneolítica aparece confirmada por el hecho de que, en la zona marítima carente de dólmenes, existía la costumbre de enterrar los muertos en las cavernas donde antes vivieron, según lo hemos podido comprobar en unos yacimientos neolíticos y eneolíticos de Ytzia y Motrico.

El hallarse los dólmenes dispersos y muy distantes unos de otros revela que las viviendas estaban separadas unas de otras, como lo están también generalmente las chozas pastoriles de nuestros días. Y este hecho hay que considerarlo como uno de los antecedentes del actual sistema de población dispersa. Cosa que, por otra parte, parecerá obvia, si se tiene en cuenta que de muchos de los caseríos de labranza actuales sabemos concretamente que son el resultado de haberse transformado las chozas pastoriles en establecimientos agrícolas. De muchas de las casas rurales diseminadas por el territorio vasco podemos, pues, afirmar que proceden de antiguos seles y chozas pastoriles. Estas, a su vez, aparecen frecuentemente como continuadoras *in situ* de las viviendas eneolíticas. Así, pues, cabe asegurar que el sistema de población dispersa data en el país vasco cuando menos desde la época eneolítica.

De esta misma época parecen ser otras construcciones muy sencillas que hemos visto en el Pirineo vasco. Me refiero a los llamados *cromlechs*. Son cercos rodeados de grandes piedras enhiestas e hincadas en el suelo y alineadas en forma de circunferencia, cuyo diámetro varía de 4 a 15 metros. El área de su difusión no es en el país vasco tan extensa como la de los dólmenes; pero está comprendida dentro de la zona dolménica, y aun sospecho que se extiende mucho a lo largo del Pirineo; pues, hace unos días, me escribió el ilustre profesor del Colegio de Francia, de París, M. Saröihandy, que tales círculos existen también en el valle de Ossau. Ignoramos todavía para qué servían estos monumentos; pero puede afirmarse con probabilidad de acierto, que alguna relación tenían con los dólmenes eneolíticos, puesto que está comprobada su coincidencia en las mismas localidades, hallándose

algunas veces a pocos metros de distancia los unos de los otros.

* * *

De tiempos anteriores al eneolítico no conocemos construcción alguna en el país vasco. Pero los restos de industria humana y de producciones artísticas de aquellos remotos tiempos, sobre todo del Paleolítico superior, son allí abundantes. Por tales restos y por su situación conocemos que el hombre que habitaba entonces en aquella región vivía en las cavernas y abrigos roqueños y que se dedicaba a la caza y a la pesca (Fig. 30).

La población era naturalmente dispersa, como dispersos se hallan los abrigos naturales donde se guarecía. Esto lo hemos podido comprobar en gran parte del país, pues yacimientos de ese tiempo sólo hemos hallado en las cavernas, lo que hace sospechar que sólo en ellas vivía el hombre.

Y en esos yacimientos hemos visto hogares antiguos paleolíticos, situados en el centro del vestíbulo, constituidos por un hoyo circular practicado en el suelo. Esta forma de hogar se ha perpetuado casi hasta nuestros días en la casa rural vasca. Partiendo de la situación del hogar, tanto en los yacimientos prehistóricos como en las habitaciones de pastores y carboneros y en aquellos caseríos que menos se han dejado influir por agentes históricos y sociales, podríamos establecer ciertas aproximaciones y hasta ver en las construcciones modernas supervivencias de las antiguas. El esquema representado en la figura 31 no pretende ser expresión exacta del proceso evolutivo de la vivienda en el país vasco. Pues todos sabemos que la historia de la vivienda en un pueblo cualquiera es muy compleja. Sólo he querido apuntar una de las vías por donde podrían orientar sus investigaciones quienes se dedican a la tarea de escudriñar el orden genético de los tipos de construcción en una importante zona del Pirineo.

* * *

Hemos visto, pues, algunos de los rasgos de las construcciones rurales del Pirineo vasco. Hemos oteado algunos

de sus antecedentes en épocas antiguas. Hemos comprobado cómo el caserío actual conserva recuerdos de tiempos remotos. Lo cual es verdad no sólo para las construcciones, sino también para otros elementos culturales que, por no ser objeto de esta disertación, no han sido mencionados aquí. Es decir, toda la cultura popular de nuestros días se halla sembrada de resonancias arcaicas. Y este hecho nos enseña que el estudio de nuestras antigüedades puede servirnos para aclarar y valorar muchos fenómenos actuales; y, viceversa, una investigación a fondo de la etnografía actual contribuiría poderosamente a reconstruir lo pasado.

Con gran éxito ha sido aplicado al estudio del hombre primitivo el método etnológico, escudriñando la vida de aquellos pueblos que, por hallarse como estancados en el proceso de la civilización desde hace muchos siglos o milenios, representan, por lo mismo, estadios culturales verdaderamente primitivos. De esa manera ha podido ser reconstruída a grandes rasgos la historia primitiva del hombre por la escuela etnológica de Viena, cuyos resultados han sido resumidos en una obra clásica, *Völker und Kulturen* (Ratisbona, 1924), de los PP. G. Schmidt y G. Koppers. Pero este método, que pudiéramos llamar horizontal, debe ir acompañado, al estudiar la historia de un pueblo determinado, del otro método—el vertical,—que, describiendo y analizando la cultura actual del mismo pueblo, llega a reconocer en sus elementos las huellas que dejaron impresas las generaciones pasadas. Y esta labor, en lo que toca al Pirineo y a los pueblos que lo habitan, nos incumbe a nosotros, cuya vida se desenvuelve necesariamente subordinada a los condiciones que le impone esa gran cordillera.
